

EN LA COCINA DE BUDA

Kimberley Snow

página de muestra

...Tiene algo de maravilloso eso de hacer pan. No es algo que se pueda imponer por la fuerza, sino que hay que cooperar con el proceso: revolver, presionar, plegar; añadir un poco más de harina. Revolver, presionar, plegar. No creo que el pan se preocupe por su propio desempeño; no le pregunta al panadero: “¿Estoy haciendo bien esto? ¿El pan de centeno sabe más que yo?”. Por el contrario, se entrega a cualquier proceso que lo tome en su mano. Confía en que el proceso continuará.

Estando en el mostrador me quedé pensando, como a menudo me ocurría, en Julie, que hace seis meses había partido. Lynn decía que casi cada noche soñaba con la niña; en esos sueños, unas veces, aún estaba viva e iban en la camioneta a la biblioteca o a comprar abarrotes. Cosas normales. Otras veces Lynn sabía que Julie estaba muerta, pero que regresaba para abrazar a Lynn y reconfortarla, o era Lynn quien la abrazaba. “Es difícil decir quién es quién en el sueño -me dijo Lynn-, pero me siento siempre muy contenta cuando se me presenta.

Sólo una vez yo había soñado con Julie, pero el sueño había tenido esa apariencia especial de etéreo resplandor, de sueño importante. Me encontraba en el mostrador de la cocina, en mi sueño, cuando sentí que, de sopetón, la niña estaba a mi lado, restregando su rostro contra mi pierna. Sonreía, inmersa en luz. Era una Julie diferente, pero reconocible.

-¡Julie! -exclamé-, ¿de dónde vienes?

La niña puso el dedo índice sobre los labios: “Shhh -me susurró- shhhh”. Me abrazó, hizo un doble salto al salir por la puerta y se fue.

Sólo esto; nada más.

No sabía cómo tomármelo, pero me mantuve callada. No había pronunciado una palabra desde entonces.

Estuve esperando otros sueños, otros signos. Nada. A ninguno de los lamas le pregunté acerca de esto.

Con el sosiego del pan que se levanta al inflarse, confiada en que mi propio proceso me indicaría cuándo debería volver a hablar, señalando una transición importante, podía sentirlo. Pero, ¿qué?

El Lama P. advirtió lo callada que últimamente había estado. Se llevó los dedos a la boca, como haciendo un candado, y luego me miró interrogando. Asentí y él asintió, y eso fue todo.

Poca gente me habla ahora. Siento como que me estoy volviendo transparente, más insustancial día tras día.

Silencio, un acallarse no sólo de las voces de fuera, sino de las voces interiores, la charla del cerebro-tejado. Ahora, sin el balbuceo de las palabras -interiores y exteriores-, observo mi mente y me doy cuenta de cuándo surge un pensamiento. Vuelco mi atención hacia dentro, preguntando: “¿Quién piensa este pensamiento?”. Cuando la mente se gira para mirar, el “pensante” parece desvanecerse. Pero de la pregunta viene un foco, un aclarar, un profundizar. No “yo”, sino una presencia. Es el estar consciente.

Incluso durante mis días de chef profesional escuchaba atentamente el subsonido de la cocina, en busca de la presencia de un orden más vasto. Cuando la gente insistía en hablar, no lograba oír la comida. Pero “oír” no es la palabra adecuada, pues la comida no es audible y ni siquiera es algo auditivo, pero se comunica. Si una se deja apaciblemente estar con el alimento, tiene lugar algo más, algo exterior a la gama usual de los sentidos, otro orden, otra forma de ser. El ello toma las riendas. El “mí” se va.

La primera vez que trabajé en un restaurante tenía ensoñaciones de una ayudanta muda, alguien que no tenía interés en hablar. Ella (quién sabe por qué nunca imagino a un hombre en ese papel) no me hablaba de sus planes para las vacaciones, ni de las peleas con su madre, ni me contaba los detalles de su más reciente relación. En mi ensoñación de una ayudanta muda visualizaba, desde luego, una versión futura de mí misma. Mi imaginación mandaba directivas, sutiles indicaciones de cómo proceder, cómo mirar el firmamento, cómo abrirme hacia la vastedad. La cosa extraña es que, además de esta sensación de espaciosidad, comienzo a sentirme cerca de la gente, a entender y simpatizar con ellos en un nuevo nivel, a participar en sus vidas de una forma inesperada, a percibir a quienes me rodean como algo más que seres irritantes, como sujetos más que como objetos.

Una vez escuché que el Lama Tashi decía que tenemos tres mentes: la positiva, la negativa y la natural. A veces ocurre una brecha en el juego de ping-pong de la mente positiva y negativa, y entonces tenemos un atisbo de la mente natural. Estaba descubriendo que el silencio sostenido me conducía a experimentar directamente la mente natural, mientras que al hablar hacía que ese estado se alejara más y más. ¿Por qué tengo que aprender las mismas cosas una y otra vez? ¿Cuándo ocurrirá todo junto y pondré el pan en el horno? ¿Nunca estaré hecha?...

EN LA COCINA DE BUDA

Kimberley Snow